

B1915 Pentecostés — Comunión Mundial

4 octubre 2015

Salmo 50

Isaías 25:6-9

Colosenses 3:12-17

Matthew 22:1-13

Una mesa, una copa, un sólo Señor, un solo pueblo

En una tarde de marzo Oscar Romero, el arzobispo de San Salvador, tomó la radio exigiendo que el gobierno detuviera la brutal reprensión que terminó con mas de 80,000 salvadoreños desaparecidos o asesinados. Al día siguiente, el 24 de marzo de 1980, mientras Romero levantaba la copa ante un pequeño grupo de monjas, la bala de un asesino había traspasado su corazón, matándolo instantáneamente.

Aquí es como comenzó. En un día de primavera sólo tres años atrás, un sacerdote jesuita, Rutilio Grande, había sido asesinado por soldados. Era el primer sacerdote martirizado en la guerra civil del Salvador—pero no el ultimo. Otros serían torturados y asesinados; monjas violadas y después asesinadas.

El Padre Rutilio fue asesinado porque, en una sociedad que sólo sirve a los intereses de los ricos, él trabajó para traerles justicia a los pobres. Como Jesús antes de él, Rutilio era una amenaza a causa de quienes estaba defendiendo.

Sólo tres semanas antes del asesinato de Rutilio, Oscar Romero había sido instalado como el nuevo arzobispo de la capital, San Salvador. Un hombre pequeño, conservador, tranquilo y estudioso, Romero fue escogido por parecer como alguien que no causara problemas, alguien quien los ricos podrían controlar.

Informado del asesinato de Rutilio, Romero viajó a Aguilares y a la iglesia donde el cuerpo de Rutilio le esperaba. Imagínese la escena. La iglesia está llenísima. Los campesinos que no caben adentro están afuera de pie. No hay ningún sonido mientras el arzobispo camina por el pasillo al lugar donde tienen los tres cuerpos—el de su hermano sacerdote, Rutilio Grande, y el anciano y el joven asesinados juntamente con él—acostados bajo sabanas blancas. Romero se da vuelta y ve a los rostros de los pobres. No dicen nada. Los ojos de los campesinos preguntan la pregunta que sólo él puede contestar: ¿Nos acompañará como lo hizo Rutilio? El jesuita Job Sobrino (con quien nos conocimos en nuestro viaje al Salvador) dice que en ese momento “las escamas cayeron de sus ojos.” Era el comienzo de la conversión de Romero a los pobres.

Romero luego hizo algo controversial—declaró que el domingo próximo, en la arquidiócesis entera, habría una sola misa. Para los miles de católicos, un solo culto. Ninguna parroquia, hospital o capilla de seminarios estaría abierta para los adoradores. Una sola misa—en la Catedral de San Salvador. El nuncio papal, arzobispo Gerada, mandó traer a Romero. Le dijo que la misa singular era provocativa y que sus acciones eran “irresponsables.” Romero se negó a ceder.

El domingo, miles vinieron. Los ricos se quejaban, sintiéndose incomodados a tener que manejar desde sus casas de campo hasta la ciudad y tener que mezclarse con los salvadoreños pobres. Al menos los ricos tenían coches. Los pobres venían a pie, en buses, a caballo—venían de todos lados. Llenaron la Catedral y la plaza de al lado, parados casi todo el día bajo el sol caliente. Todos vinieron a esa misa. *Una misa, una mesa, una copa, un solo pueblo.*

Esa misa singular suena como un cuento que Jesús podía haber contado—como en el Evangelio de hoy. Como dice Jesús, un rey lanza un banquete de boda para su hijo. Sin embargo, en el día de la boda—con comida en la mesa y vino en las copas y la banda de baile en alto volumen—¡ni un invitado llega! Luego se da cuenta—ha sido repulsado—todas sus amistadas de la sociedad tienen algo mejor que hacer. Entonces, ¿qué hace él?

“¡Salgan!” le dice a sus siervos, “Y esta vez invite a todos al banquete.” Y, Jesús dice, que lo hacen. Se reúnen “*todos, buenos y malos, hasta que en el salón de bodas están de codo a codo.*”

De las parábolas de Jesús, esta es una de las más fáciles de entender. Está hablando del reino de Dios. Está diciendo que en la fiesta de Dios no tiene que estar en una lista especial. No tiene que esperar hasta que sea suficientemente bueno. No tiene que ser de alta clase. Su género u orientación no es revisada en la entrada. No, ¡todos son invitados! Una fiesta, un anfitrión, una mesa, un pueblo. Lo único que tiene que hacer es llegar.

Que historia—¡un rey gracioso, con una puerta abierta y una mesa abierta! Y por eso decimos a todos: “Venga como es, sea quien sea. Dios le ama como Dios nos ama, y haremos lo mejor que podamos a amarle a usted también.” Esto es gracia. Esto es el Evangelio.

Pero esto no es toda la historia—por lo menos como lo cuenta Mateo—hay otra parte, una parte difícil de aceptar. Es decir, aunque todos están invitados al banquete, no todos comerán.

Como Jesús lo cuenta, al pasar el tiempo el rey se acerca a un hombre que llegó algo desvestido. “Amigo,” dice el rey, “por qué no estás vestido, dónde está tu túnica de boda?” Y el Rey dice a sus siervos: “Atenlo y sáquenlo...” Evidentemente, en esta fiesta, hay una política de vestimento...no camisa, no zapatos, no servicio.

Ahora, una lección pequeña en cultura anticuada quizás sea útil. Algunos eruditos dicen que en los días de Jesús, anfitriones de la boda proveyeron vestidos para sus huéspedes—de la misma manera en que restaurantes de lujo mantienen una chaqueta de sobra en caso de que alguien llegue con camisa de manga corta.

Si ese es el caso, ¿por qué es que este hombre no se puso la túnica ofrecida a él? Sin duda, la invitación era ven como estás—pero no era quédate como llegaste.

Quizás pensó que el rey estaba suertudo que vendría—sabe, haciendo un favor con tal sólo llegar. Cual sea su lógica, no se levantó a la ocasión. En vez, la degradó en rehusándose a cambiar. Y, porque se negó a vestirse con la ropa que se le ofreció, se le mostró la puerta.

Pues, esa es la parábola tal y como Jesús la contó. Pero, en el silencio que siguió me pregunto si los que le escuchaban se dieron cuenta de que Jesús no hablaba de la ropa en nuestros cuerpos, y que una túnica de boda no es solamente una túnica de lino blanco.

No, Jesús está hablando sobre lo que nos ponemos después de haber llegado a su fiesta—sabe, comportamiento y actitudes que honran al anfitrión.

Esto es lo que quiero decir. Cuando nos reunimos cada domingo por la mañana, algunos de nosotros, tal y como el huésped mal vestido, llegamos aquí sin pensar mucho al respecto. Llegamos con nuestras camisas espirituales colgando, llegando a la mesa pensando que nadie se dará cuenta que preferimos el vestimento de nuestra vida vieja a la túnica de boda de nueva vida.

¿No le resulta extraño que algunas personas pueden escuchar el llamado de la gracia de Dios y después no quieren ponérselo, que toque algo, no quieren que les cambie, que se muestre, que haga una diferencia, que le lleve a algo? ¿No le parece extraño que algunas personas pueden estar en medio de una fiesta de pura gracia, sin embargo, fracasan en hacer una gracia por si mismos? Es extraño pero es posible.

Pienso en todos las personas ricas en esa misa en la Catedral de San Salvador—de rodillas en la mesa al lado de los pobres, recibiendo gracia—y luego levantándose para apoyar un sistema que maltrataría y asesinaría a aquellos con quienes apenas habían compartido el cuerpo de Cristo.

Pero, no me sorprende. Hay Cristianos que llegan a la fiesta cada semana pero apenas pueden decir palabras amables de otros; Cristianos que tienen toda bendición en su vida pero se aferran a su billetera y a sus corazones; Cristianos que han recibido una segunda oportunidad pero quienes le rehúsan una segunda oportunidad a otros; Cristianos que son criticones y malos; Cristianos que juzgan; Cristianos que son tacaños y egoístas; Cristianos bienvenidos a la fiesta pero quienes no quieren dar la bienvenida a otros. ¡Cristianos vestidos de ropas sucias en la fiesta de Dios!

La verdad es que algunos de nosotros pensamos que no importa como llegamos—pensamos que llegar es suficiente. Eso es lo que el huésped mal vestido pensó. Estaba contento de comer la comida del rey y disfrutar de la música del rey, parado al lado de la orquesta en su camisa vulgar de rayas y shorts de cuadros, golpeando sus pies con sandalias y metiendo otro dulce en su boca.

Aquí está el resultado final. Dios no busca cuerpos calientes. Dios busca invitados de boda, quienes lleguen al banquete con el vestimento apropiado para la ocasión: ropas hechas de la tela (como dice nuestra Epístola) de justicia y perdón, bondad, gracia, misericordia y paz, bienvenida y generosidad.

Cuando nos pongamos estas ropas otros sabrán quienes somos—y de quien somos. Sabrán que tipo de fiesta estamos asistiendo y a que tipo de fiesta les hemos invitado.

Me ha escuchado contar de que en los 1940s el predicador bautista, Clarence Jordan, fundó la fina Koinonia en Americas, Georgia, la primera comunidad interracial en el Sur. Pues, Jordan leyó su Biblia y creyó que el reino de Dios era una fiesta donde todos deberían ser invitados, y comenzó a vivir su vida de tal manera—invitando a todos, negros y blancos, a vivir juntos, trabajar juntos, y comer juntos—sabe, un pueblo, un mesa. Jordan y su comunidad eran atacados constantemente. Pronto estaban embrollados en una serie de batallas legales. Buscando ayuda, Clarence miró a su hermano, Robert, en ese entonces un abogado, pero quien se convertiría en una senador de estado y juez de la corte suprema de Georgia.

“¿Nos ayudará, Robert?” preguntó Clarence. “No puedo,” contestó Robert. “Conoces mis aspiraciones políticas. Si te represento, perdería todo. Vez, es diferente para ti y para mi.”

“¿Pero, Robert,” preguntó Clarence, “por qué es diferente? Recuerdo cuando niños tu y yo nos unimos a la iglesia el mismo domingo. Y me imagino que cuando pasamos al frente el predicador te preguntó la misma pregunta que me hizo a mi, ‘Aceptas a Jesucristo como tu Señor y Salvador?’ Yo dije, ‘Si.’ ¿Tu qué contestaste, Robert?”

Robert pensó y dijo, “Yo sigo a Jesús también, hasta cierto punto.” Clarence contestó, “Por casualidad, es ese punto la cruz?” “Así es,” dijo Robert. “Yo le sigo a la cruz, pero no en la cruz. No seré crucificado.”

“Bueno, Robert, en ese caso, no creo que eres un discípulo de Jesús. Creo que eres un admirador de Jesús. Creo que debes ir a esa iglesia a donde perteneces y decir que eres un admirador de Jesús, no un discípulo.”

Supongo que Robert, como muchos de nosotros, mientras queriendo estar en la fiesta, no estaba muy seguro de la ropa que se le pidió que usar.

Permítame ser absolutamente claro. Todos están invitados—eso es seguro. Y, personalmente, creo que la gracia de Dios nos llevará ahí—que habrá un anfitrión en una sola mesa, con toda gente sentada junta.

Pero también creo que el reino de Dios no es una fiesta salvaje de fraternidad donde todos festejan hasta desmayarse. No, el reino de Dios es la fiesta mas importante de nuestra vidas—pregúntele a Oscar Romero. No es un asunto casual de venir y salir—vale la pena, vale nuestra entrega completa, vale nuestras propias vidas.

Así que venga a la fiesta—venga tal y como es. Pero no se quede como está. Quítese la ropa vieja y trapos sucios que este mundo le ha hecho llevar. Aquí hay ropa nueva—y unos zapatos de baile también. Ande, póngaselos. Ya ve, le quedan muy bien.

Amén.

Fuentes: "una tabla, un mundo" Timothy Hart-
Andersen; (Ver JonSobrino, Arzobispo Romero: recuerdos y reflexiones, pp. 14-20)